

La gente, la vida, las cosas...

Lente del tiempo

LA SAZON DE MI VIDA

Cuarenta años son tiempo suficiente para sentir como propio el sitio donde se trabaja, máxime si treinta y uno de ellos fueron dentro de la fragua revolucionaria.

Por **ELSA CLARO**
Fotos del entrevistado
y de Ricardo Barrero



*Tony escribe su larga trayectoria.
Ya tiene título el libro en cierre:
La Sazón de mi vida.*



De estatura media, ancho de cuerpo y sonrisa fácil, Tony Martin no responde a la figura de un abuelo que cuenta y cuenta infatigable a pesar de que si empleza, lo enredará a uno en una sutil y larga malla cuyos nudos son puntos

destacados de su vida.

Gente habrá ajena a este medio que al escucharle piense en un inveterado hacedor de historias. Pero quienes nos movemos en los trajines de la noticia estaremos seguros de que la existencia de un reportero viaja tan pareja a la de su tiempo que muy difícil resulta separar una de otra. Su biografía profesional es, también, la de la época.

Y Tony Martin comenzó a colaborar con Bohemia cuando se acababa el año 47 y aún la barba no le daba grandes problemas. Como joven que debía emparentarse con su etapa, navegar en ella, buscó las vías, pocas para un huérfano que queda en manos amigas, pero no las que debieron guiarle.

Quiso ser aviador, pero le tenía pánico a depositar la nave que podía alzar y conducir por el aire. Alguien le regaló un día una cámara fotográfica y lo primero que hizo fue detener en el cielo esos aviones que no era capaz de posar en tierra. Es muy probable que en aquellos momentos no supiera que ese sería su instrumento de labor a lo largo de casi cinco décadas.

De Prío a Batista

Como en los índices de los libros así podría llamarse este pedazo de existencia para Tony, porque mucho tuvieron que ver los funcionarios de turno que gobernaban al país



Un amplio reportaje sobre el desalojo publicado en 1951 atrapaba también imágenes de la pobreza padecida por nuestro campesinado.



Con la familia en cuyo seno vivió durante años Rigoberto López, ajusticiador de Techo Somaza.



El primer premio fotográfico obtenido por Tony fue con la idea: Ellos no pueden ver nuestra bandera, en el contenedor de nuestra enseña nacional.

con su quehacer. Es el caso de cuando se desempeña en un turno como fotógrafo del palacio presidencial. Su contenido de acción consistía en tomar vistas sobre los saraos en la mansión ejecutiva o la llegada de uno que otro invitado foráneo. Sin embargo, a Tony le cosquilleaba dentro el reportero. Quizás por vocación, es posible que dada la influencia de sus primeros maestros en el arte del lente.

Entonces un día, para citar un caso, terminada su jornada se toma de manos a boca con una tropelía del entonces jefe de la policía, Bernardo Caramés, quien intentaba sacar de un auto a un joven que resultó ser el revolucionario Alvaro Barba. Al volverse el sátrapa y ver a Tony cámara en ristre, la emprende contra él intentando despojarlo del instrumento y finalmente golpeándolo con el bicho de buay.

Entre otras incidencias relacionadas con el caso, hematomas aparte, Tony estaba gestionando un cargo mejor remunerado en la secretaría de propaganda gubernamental.

Huelga decir que el curso ganado hasta ese momento cesó y, desde luego, Tony jamás pudo acceder a otro puesto en esa esfera.

Sin embargo, como muchos, simultaneaba en otros frentes. Un magro salario no era suficiente para subsistir. De ahí que colabórala con varias publicaciones, entre ellas, preferentemente *Bohemia*, donde subrepticamente dejaba sus fotos sin darse a conocer hasta que le solicitaron su trabajo. En la revista forma pareja con un periodista muy aficionado a las "libaciones alcohólicas", como dice con eufemismo Tony. De algún modo, esto, sumado a la necesidad de sobresalir o perecer, fueron dando la posibilidad por la obtención de noticias o de fotos que pudieran tener carácter de exclusividad.

La prensa de la época en general se nutría de cosas excepcionales o rimbombantes. Hechos de sangre, delincuencia, escándalos o las movidas de los jefes políticos, eran el plato fuerte de diarios y revistas. En el caso de *Bohemia*, la línea editorial que la tipificaba era un juego entre las altas esferas —a las cuales se complacía hasta un punto conveniente— y los estratos intermedios de la sociedad. Siempre, por supuesto, un móvil más comercial que periodístico, era el imperante.

Esta es la razón que permite a Tony Martín lo mismo tomarles fotos a Franco en una visita a Madrid, que a Castillo de Armas en Guatemala o al presidente Truman en Cayo Hueso. En el interín, filmó para Cine-periódico y para *Bohemia* un desalojo campesino en Sagua de Tánamo o gestionó una entrevista con la novia de Rigoberto López Pérez, el ajusticiador de Tacho Somoza.

Frente a Franco

Cuenta Tony que fue a la capital española para cubrir las eventualidades de la inauguración de una línea aérea entre Madrid y La Habana. Al llegar al Instituto de Cultura Hispánica, donde se realizaría el acto oficial, decide tomar fotos de la Guardia Mora y se mete entre ellos para lograr mejores vistas. Es entonces que ve descender a Franco de su auto y ni corto ni perezoso lo sigue. Aunque sorprendido, comprueba que nadie le corta el paso y logra llegar hasta una oficina inmediata al hemicycleo donde esperan todos para dar inicio a la ceremonia. Tony está semioculto entre unas cortinas cuando el tirano lo descubre e inquiriere quién es y qué hace allí. Tony se identifica:

—Soy cubano y trabajo en la revista *Bohemia*.

La respuesta de "el caudillo" fue:

—Sabía que ustedes los cubanos eran osados, pero nunca creí que lo fueran tanto.

Luego le urgió a que hiciera un reportaje que borrara la imagen de uno publicado con anterioridad sobre los barrios marginales madrileños. El trabajo, a fin de cuentas, nunca llegó a realizarse.

Cerca de la Revolución

En 1957, luego del desembarco de Las Coloradas, la prensa cubana e internacional investigaban por el destino de los expedicionarios del Granma. Todos hacían la misma pregunta: ¿dónde está Fidel?

Tony, uno entre los reporteros que pesquiasaban el asunto, toda vez que Batista había propalado el infundio de la muerte de los revolucionarios, se acercó al coronel Barrera, jefe de operaciones en La Plata, cuyo puesto de mando estaba en Pilión. El hombre tenía instrucciones de negar informaciones al respecto, pero le confía al fotorreportero que "la cosa está muy mala por aquí". Pudo comprobarlo cuando la aviación bombardeó la zona y al escuchar la riposta de las bisoñas tropas rebeldes.

No quiso irse con las manos vacías y se puso en contacto con la familia de Celia Sánchez Manduley, logrando fotos de la guerrillera, como aquella en que aparece en el Pico Turquino junto a la estatua de José Martí.

—Al triunfo de la Revolución —cuenta Tony— participé en una de las primeras entrevistas que se le hicieron al Che. Fue en la antigua fortaleza de la Cabaña. Podría decirte muchas cosas pero van a sonar falsas. La mirada de El Guerrillero la vi con mis ojos y también a través del visor. Te juro que me impresionó como pocas cosas. No era la leyenda, sino él mismo, allí cerca, sus gestos, su voz y, sobre todo, esa manera de calarte hasta el fondo que tenía al mirar. Y fijate, cuando reía era como lo hacen los niños, llenos de... de...

—¿Ternura?

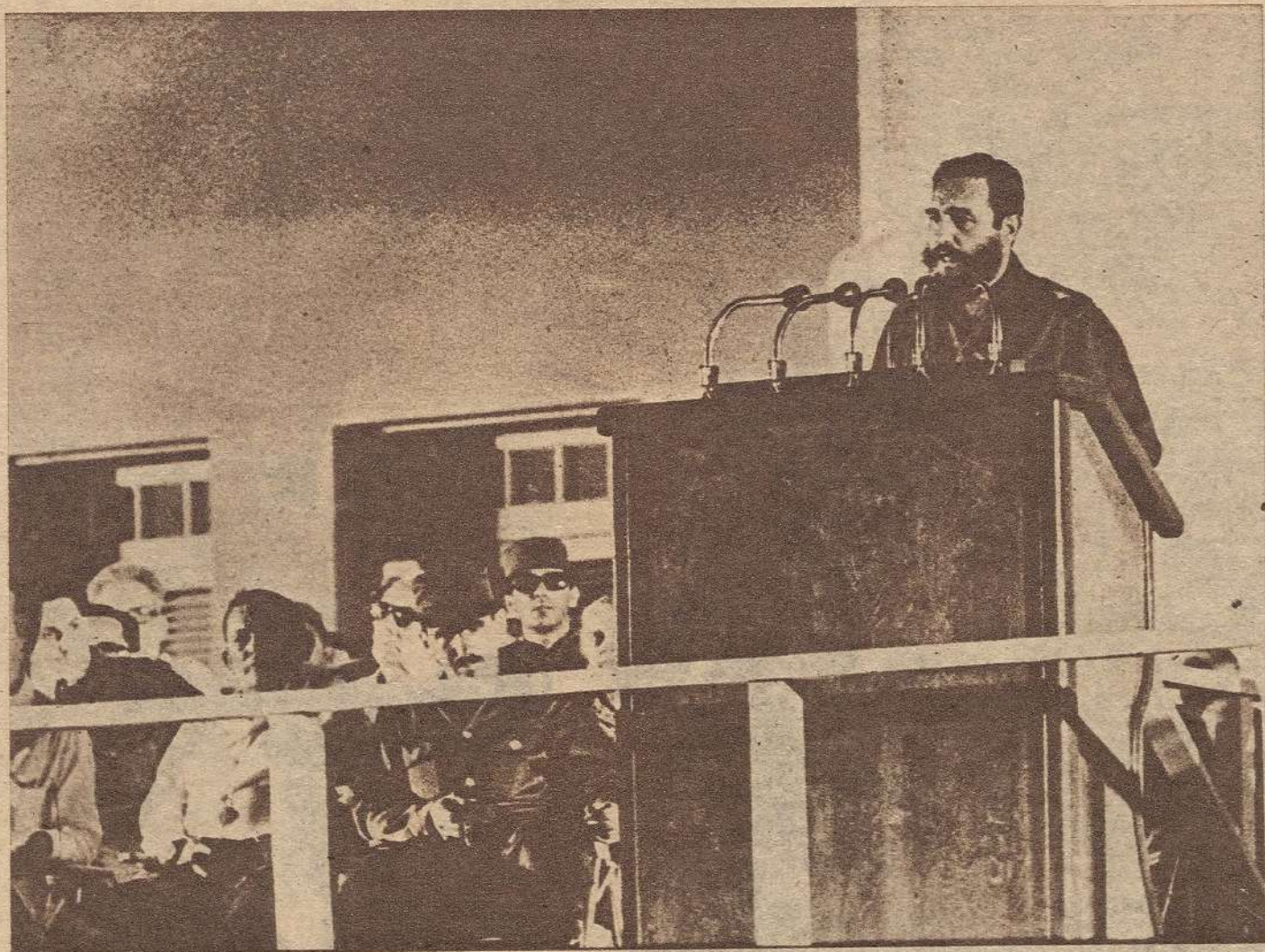
—Puede ser.

Paradojas de un reportero

—¡Quién te dice —afirma Tony— que mientras en Cuba los que no tenían trabajo lograron ocuparse, a mí me faltó! Quevedo, el dueño, dejó de pagarnos y de hecho nos quita el empleo. Me pasó tres años en esas condiciones. Tuve que venderlo todo.

—¿Qué pasó?

"El momento más emocionante de mi vida, cuando todo me pasó por la mente y no me dejaba ver..."



—Nada, como por mi trabajo tuve que estar varias veces cerca de Batista, de pronto me sintieron olor a tiranía.

—¿Y no será que...?

—Mira, yo te confieso que era un analfabeto político. Esa es la verdad. Pero yo era y soy una gente de pueblo y sentía por los míos, por los que estaban cerca de mi origen, aunque yo tuviera contacto con ese tipo de individuos que te cuento.

—Entonces Quevedo te utilizó y cuando no le servías te echó al cesto.

—Tenía fama de generoso. Después me di cuenta que su "generosidad" era puro negocio. Si tú le eras útil te usaba, cuando no: ¡fuera! Eso hizo conmigo y con otros.

—O sea, el coqueteo con la verdad que fue su sistema editorial lo llevaba a esos planos también.

—Esa es mi conclusión. Pero vas a ver. Por el 62, yo oigo los infundios yanquis sobre las fotos de las concentraciones en la Plaza. Que si las trucaban para que parecieran muchas personas, todo eso. Se me ocurre que un fotógrafo viejo, Martín Illas, a quien yo conocía, tenía una cámara panorámica y voy a ver a César Escalante que era el jefe de la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR) y le propongo hacer

una foto que abarcara de un extremo a otro la Plaza. Bien, se arregló todo, hicimos una prueba y el día en que se realiza la II Declaración de La Habana, se tomó la primera foto de este tipo, donde se recogía toda la masa popular congregada allí.

—¿Y cómo resolviste tu problema laboral?

—A través del propio Escalante. Me ofreció trabajo con él y le agradecí mucho, pero le dije que yo había trabajado más de 10 años en Bohemia y quería regresar. Ya Quevedo, desde luego, no era director ni dueño de nada y me readmitieron. En ese momento dirigía la revista Enrique de la Osa.

—¿Cuál mi momento de mayor emoción? Es difícil, pero no dudo en decirte que fue cuando el 20 aniversario del Moncada. Tuve que pasar a la tribuna, estaba cerca de Fidel, de todos los dirigentes y no veía nada. Por mi cabeza cruzó el recuerdo de dónde yo estaba un día como ese en 1953. Nada menos que en una entrevista que le hacían a Batista. Me pasó como en las películas, te lo juro, todo. Un día y otro, un asunto y otro más. Fue la emoción más grande de mi vida: confiaban en mí y yo seguía haciendo esto que es lo que sé y quiero: fotografiar.

La sonrisa del Che...

